

El apostolado y la oración.

Hna. Teresa de Jesús y de la Niña María

Cuando oramos por el otro,
le estamos entregando
de igual manera un tesoro
como cuando evangelizamos:
Al Dios que llevamos dentro.
¡A eso estamos llamados!

Pues tan solo somos puente,
como un pequeño canal,
por donde pasa el Señor,
al darlo con nuestras obras
y al disponernos a orar.

Sólo hay que estar atentos
y escuchar en cada momento,
al Dios que llevamos dentro
y que está a los acontecimientos
para hacer su voluntad,
mostrándolo día a día
haciendo de nuestra vida
una oración sencilla
y de nuestra oración, vida.

La estrella y el lucero

La estrella lleva un lucero
pequeñito entre sus brazos,
de su luz ella le da
y el encamina sus pasos.

El lucero crece y crece
siendo ya el mismo Sol.
La estrella desaparece
al ir cumpliendo su labor.

Se pierde su luz de estrella
y se confunde con la del sol.

Y se hace una sola,
es el mismo resplandor.
Tus dulces silbos.

Cuando aún estamos lejos
para emprender el camino
que nos conduce hasta Ti
porque somos peregrinos.

Tu corazón y amor de Padre
nos divisa a lo lejos
y es tu fuerza salvadora
que nos atrae de nuevo.

Tus ojos misericordiosos
que no se cansan de vernos
desde que nos fuimos de tu casa
al sentirnos del mundo dueños.

Nos siguieron y lloraron
cuando al abismo caímos
y despojados de todo
nos sentimos peregrinos
lejos Señor de tu casa
confundidos y perdidos.

Pero tu dulce mirada
y tu luz Pastor Divino
nos conduce hasta tu casa
con fuertes y dulces silbos.

Mira mi rostro

Oh mi Ángel protector
que a mi lado siempre estás,
quiero confiar en tu amor
y dejarme en tu bondad.

Mi cara tú la has de ver,
mírala descubierta está,
por ti me la dejo ver,
mi querido Ángel guardián.

Es aquel leve recuerdo
Que tengo de mi niñez,
cuando temía a la noche
y no te podía ver
y una gruesa cobija
mi rostro te ocultaba
y esperaba yo dormir
sin saber que me cuidabas.

Oh mi Ángel de la Guarda
No me importa si tu faz
está oculta a mis sentidos
y no te puedo abrazar.

La luz que me da la fe
la Palabra me hace entender,
me dice que el cielo ves
el rostro del Padre Dios
y en la tierra el mío también.

En tus suaves y blancas alas,
déjame hoy descansar,
háblame de la inocencia
y que te pueda escuchar.

Oh mi dulce compañía,
Mensajero celestial
no te apartes de mí lado
hasta verme en la eternidad